

LAS CRISIS Y LA ÉTICA PROFESIONAL

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

Crisis como la que ahora estamos viviendo y padeciendo permiten ver con mucha más claridad que antes la importancia de la ética profesional. Hemos sido testigos en estos pasados meses de la respuesta ante esta crisis de distintos grupos humanos. Los trabajadores sociosanitarios han dado a toda la sociedad un ejemplo de ética profesional, atendiendo a los pacientes incluso cuando las medidas de protección que debían haberles facilitado otros, no llegaron o fueron insuficientes. La consecuencia es que, en el caso concreto de España, según datos del Ministerio de Sanidad, hasta el 29 de octubre se habían contagiado 73.165 profesionales y los fallecidos eran 76 sanitarios a 5 de junio. Una auténtica catástrofe. Y ello sin un mal gesto o una mala cara. Sabían que atender a los enfermos era su obligación, y lo hicieron aun a riesgo de su propia vida.

No es un azar que el paradigma y modelo de las éticas profesionales todas haya sido siempre un documento escrito en la antigua Grecia, en una escuela de médicos hipocráticos. Es el conocido como *Juramento* hipocrático. Desdichadamente, más conocido que leído y entendido. En la cultura occidental, todas las profesiones se han mirado en él, porque sus afirmaciones son tremendas. “A cualquier casa que entrare acudiré para bien del enfermo, evitando todo agravio intencionado o corrupción”. “En pureza y santidad mantendré mi vida y mi arte”. “Lo que en el tratamiento, o incluso fuera de él, viere u oyere en relación con la vida de los hombres, aquello que jamás deba divulgarse, lo callaré teniéndolo por secreto”. Etc. En otro tratado hipocrático, titulado *Sobre el médico*, se da estos consejos a los jóvenes médicos: “En cuanto al porte, muéstrase preocupado en su rostro, pero sin amargura. Porque, de lo contrario, parecerá soberbio e inhumano, y el que es propenso a la risa y demasiado alegre es considerado grosero. Y esto debe evitarse al máximo. Sea justo en cualquier trato, ya que la justicia le será de gran ayuda. Pues las relaciones entre el médico y sus pacientes no son algo de poca monta. Puesto que ellos mismos se ponen en las manos de los médicos, y a cualquier hora frecuentan a mujeres, muchachas jóvenes y pasan junto a objetos de muchísimo valor. Por lo tanto, han de conservar su control ante todo eso”.

Las crisis ponen al descubierto lo mejor y lo peor de las personas y de los grupos profesionales. Están los que afrontan esas situaciones directamente, arriesgando su propia vida. Y están los que huyen y abandonan sus obligaciones. Esto ha sucedido en todas las epidemias de que tenemos memoria histórica. De ello nos quedan documentos literarios muy ilustrativos, desde Tucídides, que describió una famosa peste de Atenas en su *Historia de las guerras del Peloponeso*, hasta Manzoni, que en su novela *I promessi sposi* relata una no menos célebre epidemia en la ciudad de

Milán, y las reacciones, tanto de huida como de asistencia heroica a los apestados por parte de distintos grupos profesionales.

Esta es una de las ocasiones en las que no se necesita mucho tiempo o espacio para persuadir a los oyentes o lectores de la importancia de la ética profesional. Un conocido médico español de la segunda mitad del siglo XIX, José de Letamendi hizo célebre la frase: “Quien solo sabe medicina, ni medicina sabe”. Esto puede aplicarse a cualquier grupo profesional. Él lo decía de los médicos. Pero vale exactamente igual, no solo para los demás profesionales que forman parte de la asistencia sociosanitaria, sino también para los otros grupos profesionales que vertebran el sistema social. Y es que, además de la suficiencia técnica, las profesiones exigen perentoriamente la excelencia moral. Cualquier cosa distinta de esa es insuficiente. Porque, como ya decía el texto hipocrático antes citado, pasan por sus manos objetos de muchísimo valor. Hemos de vivirlo como un privilegio. Pero también como una responsabilidad.

Diego Gracia